SANTA ISABEL DE HUNGRIA

VIUDA.

El hombre ultraja y el tiempo venga, ha dicho un poeta. Pocas épocas han sido mas injuriosamente desfiguradas por el espíritu de partido que los siglos cristianos conocidos con el nombre de edad media; quien considere con una sola ojeada cuanto se ha dicho hace trescientos años contra la Iglesia y sus instituciones, se admirará de la insistencia y fecundidad de los odios que han perseguido la obra de Dios en este mundo; papas, obispos, monjes, influencia social del clero, catedrales, conventos, celibato, cruzadas, todo ha sido el blanco de calumniosas declamaciones, de juicios mezquinos y pueriles, de injurias en las que la debilidad de su base corre parejas con la insolencia de las palabras; y sin embargo aquellas cosas y aquellos hombres con su accion lenta pero firme y progresiva han derrocado las leyes antiguas, introducido costumbres mas suaves, preparado un reparto mas equitativo de los honores y cargos públicos, y renovado por decirlo así la faz del mundo; así deberia grabarse en la memoria de todos en cuanto se les debe todo, hasta la pluma con que se les insulta. Es cierto que habia defectos

en la edad media; pero ¿ estamos limpios de ellos en el dia? En cuanto á mí, cuando miro á mis contemporáneos buscar con tanto trabajo como poco fruto una forma política, pan ó resignacion para dos ó trescientos mil hombres de los cuales no saben qué hacerse, me pregunto qué hubieran hecho con un genio tan dotado de iniciativa en presencia de millones de bárbaros que venian á destruir el imperio y la civilizacion de la antigua Roma, y con qúé derecho se atreven á pronunciar palabras severas contra los sacerdotes de la edad media porque no lograron hacer desaparecer todos los abusos.

La venganza, ó por mejor decir la justicia se ha hecho esperar mucho, pero ha tenido por instrumentos talentos elevados y corazones generosos: la misma Alemania protestante ha rehabilitado la edad media en una multitud de eruditos trabajos; la Francia del siglo decimonono honra nombres que la Francia del siglo decimooctavo habia condenado al desprecio; todo el mundo ha sentido con mas ó menos fuerza esta reconciliacion con las antiguas glorias de la Europa, y no es este lugar á propósito para recordar las obras que la han provocado ó que han sido inspiradas por la misma. Sin embargo es imposible hablar de santa Isabel sin invocar el monumento que le ha levantado el conde de Montalembert, así como no se puede nombrar á los vengadores de los siglos de la fe sin citar la hermosa introduccion que encabeza su *Historia de santa Isabel* : nadie ha trazado con pincel mas brillante y vigoroso el cuadro de la sociedad cristiana en el siglo decimotercero, el mas resplandeciente quizás de todos los siglos cristianos. Inocencio III y Gregorio IX en la cátedra de san Pedro, san Luís y Felipe Augusto, Rodolfo de Hapsbourg, san Fernando, santo Domingo y san Francisco de Asís, santo Tomás de Aquino, Rogerio Bacon, Alberto el Grande, Hibaut de Champagne, Dante, Cimabue, Giotto, los establecimientos de San Luís, la *gran carta* de Inglaterra, la toma de Constantinopla por los cruzados, las batallas de Bovines y de las Navas de Tolosa, la Santa Capilla, San Dionisio, la catedral de Colonia; ¡qué nombres y qué obras! Este cuadro es el que el historiador de santa Isabel ha trazado con un talento de análisis y una grandeza de síntesis admirables, y en el que ha pintado con amor la pura y dulce figura de su heroina.

Isabel pertenece á la primera mitad del siglo decimotercero, de aquel siglo tan rico, pero cuya grandeza y bellezas solo pueden ser bien comprendidas por los hombres de fe ó por los que aman las nobles creencias, sabiendo que la fuerza moral es ante todo el verdadero principio de civilizacion. Isabel nació en 1207, y tuvo por padres á Andrés I, rey de Hungría, el cual honraba á Dios con piedad profunda y sincera, protegia á la Iglesia y á los pobres, y velaba con la espada en la mano por la integridad de su reino amenazado por naciones infieles; y á Gertrudis de Meranià, hermana de santa Heduvigis, casada con el duque de Polonia, y de Inés de Merania, célebre tanto por sus desgracias como por su hermosura, esposa de Felipe Augusto.

Algunos años antes (1200) habia nacido un hijo á Herman landgrave de Thuringia y de Hesse, el cual habiendo oido referir sobre la pequeña Isabel cosas maravillosas, pensó desde entonces en hacerla un dia esposa de su hijo. Dícese que las primeras palabras que balbuceó fueron las mas gratas á toda lengua cristiana, y que desde la edad de tres años manifestaba ya su compasion por los pobres y trataba de socorrerlos; lo que produjo gran sensacion en todos los ánimos fué el haber sido seguido su nacimiento de la paz con los estranjeros, y de una gran prosperidad en el interior. El duque Herman envió una embajada al rey de Hungría solicitando en nombre de su hijo Luís la mano de Isabel, que tenia entonces cuatro años, y para llevarla á Hungría, si era posible; la negociacion tuvo un éxito feliz, y los embajadores regresaron á su país cargados de magníficos presentes y llevando en una cama de oro á Isabel, de la cual Gertrudis no se habia separado sin pena, y á quien dió por compañeras á trece señoritas nobles de Hungría. Los desposorios de ambos niños fueron celebrados con gran solemnidad.

Nada puede compararse á la infancia de Isabel en gracias y en pureza; su precoz piedad manifestó á todos el lugar que Dios se habia reservado en aquella alma tan tierna, parecia vivir de un sentimiento interior que la acompañaba por todas partes, y hasta en sus diversiones infantiles veíase impresa la huella de los pensamientos que la dominaban; algunas veces conducia á sus amigas al cementerio y les decia señalando el osario. «Ved los huesos de los muertos; estos han estado vivos como lo estamos

nosotras, y ahora están muertos como lo estaremos tambien nosotras: esto debe hacernos amar á Dios» La trágica muerte de su madre, que le fué anunciada á los seis años, contribuyó sin duda á grabar en su conmovido corazon las ideas religiosas sobre la vanidad; veíasela diferentes veces rogando á Dios con un fervor estraordinario, y cuando la capilla del palacio se hallaba cerrada, se arrodillaba en la puerta y hacia subir al cielo el homenaje de sus acostumbradas adoraciones. Modesta en su vestir, dulce y pura en sus costumbres, llena de una ardiente caridad para con los pobres y los desgraciados, tal era Isabel desde sus primeros años.

Luís tenia una hermana llamada Inés, la cual, si bien se educaba junto con Isabel, no participaba de todos sus sentimientos: deslumbrada por su hermosura amaba al mundo y sus placeres, y en estas vanidosas inclinaciones alentábala su madre la duquesa Sofía, quien veia con pena los hábitos humildes y retirados de Isabel. Muerto el landgrave en 1216, Isabel perdió su principal apoyo en el palacio de Wartbourg, así es que sus compañeras, lo mismo que Inés y Sofía, no temieron ya declararse abiertamente contra ella; agobiábanla á sarcasmos porque huia de los juegos y pasatiempos de una vida frívola; hasta los caballeros la zaherian con burlas injuriosas, diciendo que en nada se parecia á una princesa, mientras que Inés la acusaba por su parte de tener mucha semejanza con una camarera ó con una criada.

Lo cierto es que Isabel preferia á las ruidosas sociedades la compañía mas tranquila de las jóvenes de Eisenach, ó bien la de los niños pobres á quienes socorria, pues su caridad no conocia límites; y sin embargo de lo que hemos dicho, nada era bastante para hacerle perder la paciencia ni para desviarla del camino en que Dios la guiaba: aquellas primeras pruebas de que era objeto un alma tan jóven aun y en apariencia tan fácil de vencer, no dieron mas resultado que fortificarla en la virtud; á imitacion de las altas palmeras cuyas raices cobran mas fuerza y vigor á medida que el huracan las combate, á medida que se sufre por alguno nace el amor hácia él en nuestro pecho, y además Dios sostenia aquella vocacion, pues en ella, dando un ilustre ejemplo, queria hacer brillar la fuerza de su gracia. Cierto dia de fiesta las princesas de Wartbourg descendieron á Eisenach para oir la misa de los caballeros teutónicos; en esta ocasion

vestian ricamente y llevaban en su frente una corona de oro: al entrar en la iglesia de Nuestra Señora y al arrodillarse delante del crucifijo, Isabel se quitó su corona y con la cabeza desnuda se prosternó para orar; entonces la duquesa Sofía la reprendió bruscamente y en términos injuriosos, echándole en cara el conducirse como una niña mal educada y el humillarse como un villano: Isabel contestó con dulzura que no sabia tener diamantes en la frente en presencia de un Dios que habia sido coronado de espinas, y al decir esto prorumpió en lágrimas, pues su tierno corazon estaba herido de amor por Jesucristo.

En vez de calmar y vencer las simpatías, los nobles y cristianos sentimientos que se manifestaban en la conducta de Isabel no hicieron mas que escitar odios injustificables. Su piedad crecia con los años así como aumentaban los sarcasmos y ultrajes; Inés y su madre se esforzaban en dirigir los pensamientos de Isabel hácia la vida religiosa: la familia, los principales señores, parientes ó amigos del jóven landgrave nada omitian para hacerla despreciable. Una mujer semejante, decian, no es digna del príncipe; es preciso mandarla de nuevo á Hungría, donde se casará con algun noble de la corte; por otra parte su padre no se acuerda de ella para darle el resto de su dote y se halla muy lejos para que debamos temer su resentimiento; esforzábanse igualmente en dar otro objeto al afecto de Luis, pero este frustrando las esperanzas y deseos de todos permaneció fiel á la que desde su infancia habia mirado como á su esposa; su amor hácia ella aumentaba todos los dias, y si bien por consideraciones á su madre no juzgaba conveniente manifestarlo en público, aquel puro y santo afecto echaba en su corazon las mas profundas raices. Las burlas y exhortaciones de su madre lo hallaron tan sordo como los consejos de sus falsos amigos y la voz de las pasiones.

Por su parte la dulce Isabel sufria los ultrajes con admirable paciencia, á pesar de comprender toda la amargura de aquel general abandono y de aquellas hostilidades domésticas; la fe la mostraba en el cielo un apoyo al mismo tiempo que un modelo; la humildad, fuese cual fuese el instrumento de la humillacion; la caridad, fuese cual fuese la injusticia de los perseguidores, le parecian y con razon el verdadero remedio á males que no era bastante para hacer desaparecer: sometióse pues en silencio á la

voluntad de Dios y se afirmó mas y mas en el desprecio de las cosas de la tierra y en el amor del cielo, no logrando los dolores del destierro sino hacer mas vivos en ella los deseos de volver á su patria.

Sin embargo era para ella un consuelo el saber que Luís no participaba de las preocupaciones de los cortesanos; por el contrario el príncipe endulzaba las heridas causadas á aquella alma inocente, y siempre que iba á las ciudades algo lejanas ó mercantiles le traia, dice el grave Thierri, alguna cosa de las que aun no tenia; ya era un rosario de coral, ya un crucifijo, ya una imágen, ya joyas: un dia la regaló un pequeñito espejo guarnecido de plata, dentro del cual se veia una imágen de Jesús crucificado.

Cuando Luís hubo cumplido veinte años anunció públicamente el designio de tomar á su prometida por esposa, imponiendo de este modo silencio á los consejeros envidiosos. Luís era digno de Isabel por sus calidades y virtudes; generoso, afable y valiente, se mostraba fiel á Dios y á los hombres, sincero cristiano no menos que valeroso caballero; así es que lejos de inspirarle aversion la elevada piedad de Isabel, se creia feliz por poseer una esposa semejante, concedíale la mas amplia libertad en sus ejercicios religiosos y en sus obras cristianas, y aun la animaba y sostenia en su celo, limitándose á moderarlo cuando lo juzgaba indiscreto, en cuyo caso la amonestaba con prudentes consejos recibidos siempre con docilidad.

Isabel se conformaba en todas sus acciones á la direccion de un sacerdote dotado de grandes luces y virtudes; llamábase Conrado de Marbourg, célebre en toda la Alemania por su ciencia, pues habia estudiado en la universidad de París, por su celo apostólico, sus predicaciones que hacian acudir á oir su voz á todos los pueblos vecinos, por su fervor, por su desinterés y por su espíritu de mortificacion y de pobreza. Conociendo que Dios destinaba el alma de Isabel á la mas alta perfeccion, se aplicó con su consejo á desenvolver el noble instinto de las cosas divinas que hacia á la vez el tormento y la felicidad de la princesa; su tormento, porque comprendia la miseria de cuanto existe en esta vida, y su felicidad porque aspiraba mas vivamente al cielo. A pesar de que el virtuoso Conrado, de un carácter rígido é inflexible, no fuese muy inclinado á la moderacion,

vióse obligado mas de una vez á reprimir el ardor de Isabel por las mortificaciones y por las austeridades corporales.

En efecto la vida de Isabel era austera y casi podria decirse horrorosa, si se considera que la princesa tenia entonces quince años y que igualaba si no escedia en obras de mortificacion á los mas rudos atletas de la penitencia; vivia muy pobremente y solo tomaba los alimentos mas comunes y aun en pequeña cantidad: cuando comia en público se privaba de cuanto puede halagar los sentidos, pero sin afectacion y con tanta gracia como piedad, de modo que nadie viese lo que practicaba para el remedio de su alma y por amor de Dios: rigurosa para consigo misma, Isabel abrigaba inagotables manantiales de ternura para los pobres y desgraciados; lo que negaba á sus gustos y no pocas veces á sus necesidades, lo distribuia para el alivio de sus hermanos en Jesucristo, añadiendo á la limosna, que le parecia poca cosa, cuidados caritativos, solícitos afanes y palabras de bondad; nada puede imaginarse mas puro y delicado que aquel delicado corazon ante la miseria y el dolor.

Todo el tiempo que le dejaban libre la oracion y los deberes de su rango, empleábalo Isabel en el trabajo manual, cardando é hilando lana para hacer vestidos á los pobres; sus limosnas eran considerables; cada dia distribuia provisiones á los indigentes, la renta de su patrimonio era toda para estos, mas tan prudente como celosa, procuraba trabajo á los que tenian fuerzas, buscándoles de este modo recursos duraderos y acostumbrándoles al trabajo, fuente de moralidad. Todos los historiadores de la santa refieren con admiracion diferentes actos de caridad que ilustraron su vida y las maravillas que varias veces recompensaron tan ardiente imitacion del Dios nacido en un pesebre, muerto en una cruz y sepultado en una tumba prestada.

La noble y generosa cristiana visitaba los enfermos á pesar de la dificultad de los caminos y de la distancia; penetraba en las mas tristes habitaciones, cerca de las miserias mas asquerosas, y siempre dejaba abundantes dones, y consuelos mil veces mas dulces; viósela sepultar con sus propias manos á los pobres á quienes habia asistido hasta el último momento y acompañar humildemente su cadáver; llevaba ella misma á los pobres, evitando las miradas de todos, no solo dinero, sino tambien vive-